

recibió como en el palacio Navagero, con este semblante impassible, los ojos distraídos, este arisco pudor. En un minuto, volviéndome á acordar de Luciana y del parecido que entre ellas existía, me atreví á hablarle de mis sentimientos. Sorprendo en sus ojos la mirada de *la otra* cuando nuestros pies se habian encontrado debajo de la mesa. Le tomo la mano, no la retira ella y, llevado por la locura, mis labios se posan en los suyos. Oprimió ella su corazón con la mano como para sujetar sus latidos. Se puso pálida hasta el punto de que creí que iba á morir. ¡ Pero me había devuelto el beso !...

¡ Cuantas veces he procurado saber de Cyntia desde entonces, concluyó Miguel Steno después de permanecer silencioso durante un rato, porque me había ocultado sus sentimientos tanto tiempo ! Pues bien, no tardó en confesarme que me amaba desde el primer día.

— ¿ Y tú ? me contestó.

— Me dabas miedo, le contestaba yo.

— Y yo también sentía miedo, contestaba. ¡ mucho miedo ! y nunca omitía el preguntarme acerca del momento en el cual había tomado yo repentinamente valor y cual era el motivo. Me he preguntado muchas veces qué es lo que hubiera ocurrido si le hubiera dicho la verdad. ¿ Se hubiera indignado ó enternecido ? Y también me pregunté muchas veces si no hubiera hecho mejor en gastar mi pasión por ella con su semejante, y prolongar mi aventura con la pobre actriz, que no me hubiera dado más que placer, mientras mis relaciones con Lady Cyntia tuvieron episodios muy crueles. Pero no se ama para ser feliz. Es otro proverbio de mi país : « El amor no procura honor á nadie y á todos causa dolor » (*L'amore à nessuno fa onore e a tutti fa dolore.*) Y sin embargo, sin este dolor, ¿ valdría la pena de haber vivido ?

II — La Ponzonia

I

AQUELLA tarde Federico Moysset había almorzado en el círculo. Se estaba á principios del mes de Agosto. Vuelto á Francia desde mediados de Julio, después de larga ausencia — había pasado siete meses en el yate de un amigo en el Océano Índico y los mares del Japón — Moysset estaba detenido en París á causa de unos asuntos. La estancia en esta ciudad, casi vacía en estos momentos del año, no le desagradaba. Aunque perteneciera al mundo menos interesante, el de los vividores ricos, Federico era precisamente todo lo contrario de un ser vulgar. Hijo de un poderoso industrial del Norte, tenía en su fisiología de hombre muy moreno, la evidencia de un atavismo español. Flandes ha pertenecido á Carlos V y á Felipe II. He aquí como se explica una herencia que daba á este simple burgués, oriundo de Lille, la tez pálida y los ojos negros de un caballero de los *Caprichos*. Había algo de moro en aquel joven de huesos finos, bajo de estatura, flexible en los movimientos y que tomaba naturalmente la actitud tranquila y altiva de los árabes de gran raza. Este semblante serio, casi trágico, parecía desmentido por la llaneza habitual de Moysset, que no tenía casi otra conversación que la de un hombre de club y de sport y por su modo de vivir, que era el de un soltero de su edad y de su clase. Por ciertos signos, sin embargo, se comprendía en él ciertas inesperadas cualidades en el carácter. Un fondo de ardor, casi de salvajismo, que se traducía por el amor al peligro, una sensibilidad muy cercana á la violencia, que lo hacía á veces muy duro en las

discusiones y por fin, algo romántico, lo que justificaba su perfil de abencerraje. Había mostrado siempre, hasta con las mujeres del arroyo, su susceptibilidad de corazón y delicados modales muy singulares en su mundo. La aventura que quiero contar no se comprendería en un parisiense de 1907, sin la hipótesis de que una gota de sangre había venido del país de Cervantes para alojarse en las venas de este ocioso sportman al través de numerosas generaciones. La empresa de filatura, á la cual debe Federico sus ochenta mil francos de renta, remonta á principios del siglo XVIII. Constituye casi una nobleza. Así es que, el círculo donde se desarrolla la primera escena de este pequeño drama es nada menos que el Jockey-Club. Federico forma parte de él, naturalmente, á pesar de su nombre poco aristocrático, como hijastro del marqués de Fontenay Gauvain, pues la señora de Moysset, al quedar viuda con este niño único y muy pequeño, *doró el blasón* de un auténtico descendiente del Fontenay-Coup *d'épée*, teniente coronel de Navarra, muerto valerosamente en el sitio de Saint-Omer en 1638.

El círculo se encontraba casi vacío y Federico, después de comer, fumaba tranquilamente un cigarro cuando fué interpelado por uno de sus camaradas de orgía, un cierto Roberto de Mauvillier, al que no había visto desde su vuelta. Éste salía de un restaurant donde había cenado á solas con un vino Musigny, sobrado generoso. Tenía esa cara encendida, esos ojos brillantes, gestos atrevidos, y habla sonora del hombre bien educado que aún se mantiene en pie. Dos *cock-tails* más, y al suelo.

— ¡Qué bien hice en subir! exclamó. ¡Tú aquí!... ¡Ay, mi viejo Federico, qué grato es volverse á ver!... Me vas á contar tu viaje. ¿Qué haces esta noche? ¿Nada? ¡Mozo! un brandy soda... y Mauvilliers se instaló al lado del compañero providencialmente ofrecido para acompañarle en su soledad, y le interrogaba contestándose él mismo á cada dos preguntas con una locuacidad que el aguardiente, añadido al vino de Borgoña, no era lo más á propósito para calmar. ¿Cómo quejarse de ello, cuando se ha estado ausente de París durante días y que se tiene á su lado una crónica viva de todos los incidentes que se han producido durante la ausencia en su propio medio

familiar? ¿Cómo? ¿Augusto no está ya con Lucía?... ¿El chico de Pleures va á casarse con una Mosé? ¿Es posible?... ¿De modo que Machault se ha dejado morir?... ¿Y Manicamp se ha repuesto en la Bolsa? Mientras tanto un brandy soda había sucedido al primero y un tercero al segundo.

— ¿De modo que partes para Dieppe pasado mañana? Qué raro, cuando yo vengo de allí. ¿Dónde te albergas?

— En casa de mi tía, la de Russy...

— ¿Carlota de Russy es tu tía?

— Es decir, que es la hermana de mi padrastro. La digo tía aunque somos de la misma edad. Nos hemos criado juntos.

— ¿De modo que te interesas por ella?

— Vaya una pregunta y ¿por qué?

— Porque... jamás se debía uno meter en las historias de las mujeres bonitas... Pero con todo... Es un buen servicio que se le presta y no eres tú ni su marido ni su amante... En fin, hazle saber que desconfíe de Grecourt.

— ¿Qué Grecourt?

— Antonio. Habla de ella y hace que se hable.

— Vamos, Mauvilliers, preguntó Federico, poniéndose muy serio de repente y cogiendo al otro por el brazo. Tú no querrás decir...

— ¿Qué hay algo entre ellos? No lo sé y si lo supiera no habría de decírtelo. Pero sé que hace hablar de ella y esto tengo el derecho de advertírtelo, como se lo diría á ella si la conociera algo más que por el hecho de comer una vez al año en su casa. Pero... prosiguió mirando á Moysset cuyo semblante se había puesto tan sombrío que hasta el borracho lo notaba. ¿Habré hecho una plancha?

— No, contestó Moysset; pero tengo con Carlota una buena amistad y me has dicho demasiado para que te detengas... ¿De modo que Grecourt hace hablar de ella? ¿En qué? ¿Cómo?...

— Sí, sí, he hecho una plancha, insistió Mauvilliers. No; te repito que no sé nada más... Se habla de ella, está claro. Él la compromete como á todas las mujeres que tienen la tontería de dejarse coger en las redes de sus

lindas maneras. Porque es vistoso, el animal; pero al propio tiempo es un canalla... Además, ya que vas á Dieppe, abre los ojos.

II

Mauvilliers cambió la conversación en cuanto hubo pronunciado estas palabras. Había comprendido que eran imprudentes: la media embriaguez alterna de este modo entre la ciega impulsión y la lucidez. Federico Moysset por su parte, interrumpió sus preguntas y ambos camaradas concluyeron la noche en un café concierto; olvidando uno de ellos sus dichos á propósito de Carlota de Russy y Antonio de Grecourt, y el otro, aparentando haberlas olvidado. Ambos reían alegremente cuando se separaron á eso de la una de la madrugada, después de haber paseado y conversado indefinidamente á lo largo de la avenida de los Campos Eliseos. En cuanto con un paso algo pesado Mauvilliers hubo vuelto la esquina del bulevar de la Magdalena, donde se separaron, el semblante de Federico tomó otra expresión. Cuando franqueó el dintel del hotelito que habitaba cerca del parque Monceau, una verdadera ansiedad contraía sus facciones. Esta misma ansiedad se leía en sus ojos, en su frente, y en su boca, cuando se instaló en el tren de Dieppe, no á los dos días de esta conversación con su amigo, como le había anunciado, sino al día siguiente. Este viaje anticipado veinticuatro horas era la prueba de la plancha que había hecho el indiscreto. Sin embargo, el sobrino por alianza de la linda señora de Russy no había mentido cuando dijo que sentía hacia ella una buena amistad. Nunca, desde el día en el cual el futuro hijastro del marqués de Fontenay, niño de corta edad á la sazón, se había hallado en presencia de Carlota, niña también, no, jamás el seudo sobrino y la seudo tía habían tenido entre sí otras relaciones que las de un compañe-

rismo familiar, sí, pero absolutamente inocente y absolutamente ajeno á toda clase de coquetería. Ciertamente es que hay sentimientos ignorados entre los jóvenes que juntos se crían y repentinamente descubren que se han amado sin saberlo, engañados durante años enteros por su compañerismo infantil. ¿Era ese el caso de Federico y Carlota? Si así sucedía, el casamiento de ésta, ocho años antes, hubiera favorecido este descubrimiento para el uno y para el otro, y, bien al contrario, nunca la joven había sido más sincera que cuando pidió á su « hermano sobrino » como le llamaba graciosamente, que fuera su testigo, y nunca Federico había estrechado más lealmente mano alguna como la de Eduardo de Russy cuando se anunciaron los esponsales. No; Federico no estaba enamorado de Carlota. Cuando se separaron al marchar él para las Indias, su despedida había sido tan tranquila como la entrevista de llegada.

— ¿Tú me escribirás, tiita mía, y no solamente tarjetas postales?

— Apuesto á que serás tú quien no me contestarás, señor sobrino...

— ¿Y bien? ¿y la apuesta? La he ganado yo, señora tía.

— ¡Tienes razón! No se tiene tiempo para nada en París...

Estas frases cambiadas en el andén de la estación con siete meses de intervalo ¿eran, pues, fingidas? Tampoco. Sin embargo, á Moysset le oprimía el corazón ese peso que tan bien conocen los celosos. Durmió mal toda la noche, y ahora que el tren se acercaba á Dieppe, palpitaba su corazón á la sola idea de encontrarse con la señora de Russy. Muchos detalles menudos en los cuales no se había fijado, se presentaban ahora á su espíritu. La delgadez de este bonito semblante que se había como estirado, si vale la palabra. Ya no eran aquellas frescas y redondas mejillas de muchachona que tenía Carlota hasta el año pasado. Su mirada tampoco era del todo la misma. Tenía extraña profundidad. Su voz tomaba por instantes tonalidades más graves, y cortaba su conversación con algunos silencios.

— ¿Dónde tenía yo la cabeza? se decía Federico. Ama

ella, es evidente. Pero, este Antonio de Grecourt... ¿Es posible?...

Si el joven hubiera leído claramente en su propia sensibilidad, se hubiera menospreciado algo al sentir una impresión en suma bastante vulgar. Diariamente se ve á todos los hombres, ó á casi todos, sentirla al lado de las mujeres conocidas por haber tenido galanteos. Cuando muchacha, Carlota había permanecido al lado de Moysset como compañera de su infancia. No se había permitido advertir que se convertía en mujer. Casada, siguió respetando en su mente su común adolescencia. La sola idea de que tenía un amante, acababa de cambiar esta quietud absoluta, transformándola en una turbación aun inconsciente, todavía indefinida para él mismo, pero muy extraña. No podía menos de sufrir una pequeña emoción sensual que jamás había conocido antes y repetir interiormente estas palabras : « ¡ Carlota tiene un amante y éste es Grecourt !... » Una especie de aspereza inundaba su alma al mismo tiempo que la invadía una lástima tan indistinta, como informada — la que sentimos ante la caída de un ser al que hemos conocido delicado, intacto y puro. Los hombres más acostumbrados á frecuentar los medios libertinos son á menudo los que sienten á menudo esta sensación. Se dan ellos mejor cuenta del nivel al cual se rebaja una mujer honrada que deja de serlo.

— Si es tiempo aún, yo la sacaré de este mal paso...

Con esta resolución, Federico concluyó este viaje que le pareció muy largo. No había mandado telegrama á Carlota, de modo que ningún coche lo esperaba en la estación. ¿Para qué alterar sus proyectos del día? se había dado como pretexto á sí mismo. En realidad, esta llegada imprevista favorecía las probabilidades de sorpresa. Se avergonzó de este semi-ardid, cuando al bajar de su coche de alquiler á la puerta de la casa de campo, se halló bruscamente delante de la señora de Russy, que paseaba sola por su jardín :

— ¡ Toma ! ¿has adelantado tu visita? ¡ eso está bien ! ¡ Tanto más cuanto que me encuentro viuda; sí, mi señor y dueño ha marchado á Inglaterra por ocho ó quince días; no lo sé bien. Él es así...

La encantadora mujer decía estas palabras medio son-

riendo, dejando ver su delgadez bajo su claro vestido. Sus cabellos rubios debajo del sombrero de encaje, tomaban un reflejo leonado. Un punto negro brillaba en medio de sus pupilas azules, y de todo su ser, como desmintiendo la alegría y la despreocupación de sus palabras de bienvenida, se desprendía una nerviosidad de la cual bien pronto tuvo pruebas Federico. Mientras le respondía, ella tenía en la mano un ramillete de rosas que acercaba á su cara á cada instante como para olerlo y cada vez le quitaba algún pétalo con los dientes; lo desmenuzaba; luego mordía otro, tanto que en el momento de entrar en la casa, al cabo de un cuarto de hora, á paso lento, el ramillete no tenía más ya que tallos verdes con hojas, y algunos restos de las flores febrilmente destruidas. Carlota arrojó este despojo en el camino con una expresión de asco. Sus crispados dedos ocuparon su impaciencia en el puño de Sajonia de su quitasol. La conversación había consistido en estos breves minutos en monosílabos desacertados por los cuales contestaba á su interlocutor sin prestarle atención.

— ¿Vienes á las carreras después de almorzar? preguntó.

— Sí, contestó él. Y deseoso de saber si iba á pronunciar cierto nombre : ¿Hay mucha gente en Dieppe este año? preguntó.

— Paris entero, dijo ella y después de un silencio en el cual se ensimismó : ¿Has encontrado á una princesita Ardea?

— No; ¿por qué? contestó él.

— Por nada. Para conocer tu opinión acerca de ella. Tiene mucho éxito... Pero charlando no te dejo ir á tu cuarto. El almuerzo está á la una, las carreras son á las dos y media...

No había nada misterioso en estas frases, sino un imperceptible cambio de acento al pronunciar el nombre de esta princesa italiana, que regularmente era la reina efímera de la estación en esta elegante playa. No iba á tardar Federico en conocer el motivo por qué le pesaba tanto á Carlota de Russy esta boga de la gran dama extranjera. Á la par iba á saber, sin duda posible, que la indicación dada por Mauvilliers no era un simple capricho

de este poco sobrio, pero leal compañero. El almuerzo, pues, se verificó y, contra su costumbre, la joven había sido exacta en llegar á la mesa, por lo cual su seudo sobrino la había elogiado así como por su atavío.

— ¿Te parece que estoy bien? preguntó ella con la particularidad de emplear un tono casi de súplica. No se atrevió Moysset á decirle que tan sólo había cometido la falta de ponerse demasiado colorete; pero se dió cuenta al mirarla de que hubiera resultado demasiado pálida sin este artificio. Su semblante traducía profundo cansancio. Apenas tocó á los manjares y cuando una hora más tarde sentáronse uno al lado del otro, en el automóvil que los llevaba al lugar de las carreras, pudo cerciorarse de que tenía fiebre. Arreglando la manta que preservaba á ambos del polvo, le tocó por casualidad el brazo y éste ardía.

— ¿Estás enferma? preguntó él.

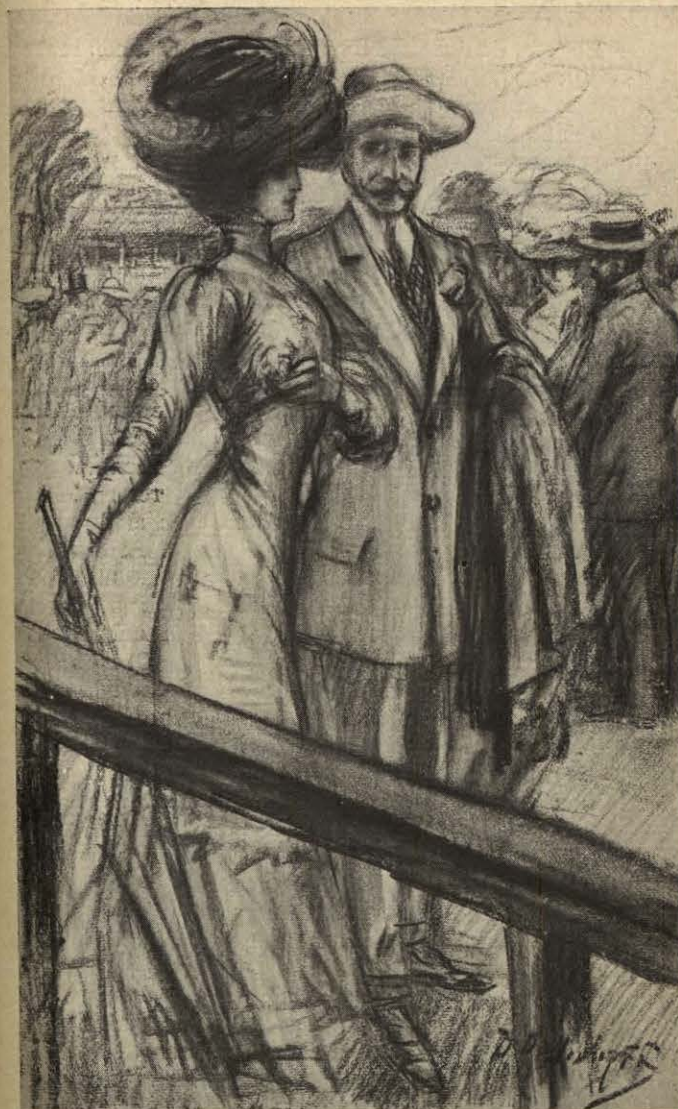
— ¿Yo? no, dijo. ¡Qué idea! ¿Por qué iba á estar yo indispuesta? Me siento muy bien, muy bien, repitió...

Reía al pronunciar estas palabras con una risa desentonada. Se dijo Federico: « He hecho bien en venir. » Sus sentimientos complejos é indefinidos del día anterior y de la mañana se agitaron en él, y se hicieron más intensos cuando, al entrar en el campo de carreras, observó la agitación creciente de su compañera. Se habían parado en el primer grupo donde encontraron gente conocida de ellos, luego en otro. En este momento fué cuando una frase dirigida á Carlota por una de las personas de este grupo hizo que se estremeciera Federico.

— ¡Qué hermosa está hoy Nicoletta Ardea! ¿No la ha visto usted?... Mire usted allí, á la derecha, está con Gre-court, naturalmente...

En una sola mirada y con la rapidez casi eléctrica de ésta en semejantes momentos, el joven vió á la par el grupo designado por la pérfida amiga que denunciaba la actitud de Antonio de Gre-court á la mujer celosa, y el trastorno apenas dominado de ésta. De nuevo estalló Carlota en la risa aguda que ya había tenido en el automóvil; luego dijo en voz muy alta, pero en la que vibraba su rencor:

— Para mi es la italiana de las cajitas de cerillas.



Andaban á paso lento; ella de lincas esculturales... (pág. 194.)

— Por eso, sin duda, Antonio se ha encendido con tanta rapidez, contestó la otra.

— Jamás se hubiera creído que no se conocían aun no hace quince días...

La princesa y su acompañante, en efecto, parecían estar en tan íntima conversación que no advertían la vigilancia de que eran objeto por la sociedad reunida en el *pesage*.

Andaban á paso lento; ella, de líneas esculturales, de gallarda apostura, con esa real y poderosa belleza propia de las mujeres de su patria y que hace resultar tan fácilmente algo pobre la fina gracia de la francesa; él, encantador en su flexibilidad felina, realizaba perfectamente el tipo de lo que en efecto era: el seductor ingenioso é implacable del siglo XVIII, el astuto tenorio de elegantes modales y de feroz ligereza ¡bien probaba en aquel momento su ferocidad alardeando, en el campo de carreras, de su conquista del día á los ojos de su amante de la víspera, pues era el amante de la señora de Russy. El cambio notado por Federico en su compañera de la infancia, no hacía más que revelar la metamórfosis producida en el destino de aquella criatura por esta aventura sentimental. Si hubiera aún conservado Moysset algunas dudas, se hubieran desvanecido al ver á esta Carlota, á la que había conocido tan reservada, casi tímida, permitirse de repente la más extraordinaria, y á la par la más comprometedora acción. ¿ Pero de qué locura no es capaz una mujer enamorada y provocada descaradamente?

— ¡ Señor de Grecourt! gritó al infiel y en voz muy alta, imperiosa, colérica, y cuando la pareja se halló aún más cerca repitió: ¡ Señor de Grecourt!... Y mientras éste, un poco descóncertado á pesar de su descoco, se paraba como dudando, añadió: Tengo que hablarle un minuto.

— Vaya usted, dijo la italiana con un gesto á su acompañante. Grecourt estuvo dudando otro poco. Luego, con paso decidido, se llegó al encuentro de la señora de Russy, la cual también anduvo hacia él. Los dos amantes dieron juntos unos pasos sin que ninguno de los testigos de esta escena extraña se permitiera un nuevo comentario. Federico estaba presente y su parentesco con la heroína de

esta algarada bastaba para imponer silencio. Temblaba él de que Carlota, evidentemente exasperada, llegara á perderse dejando ver con harta claridad que estaba buscando querella por celos á Antonio. Este temor felizmente era falso. Cualesquiera que fuesen las quejas ó las amenazas en este coloquio, la voz de la señora de Russy no se elevó ni de sus ojos brotó ninguna lágrima. Antonio de Grecourt no dejó tampoco de tener la actitud correcta del hombre bien educado que está hablando de cosas indiferentes con una mujer de su mundo. Solamente al separarse, él para volver junto á la princesa Ardea y Carlota de Russy para incorporarse otra vez con su sociedad, él se retorció el bigote con gesto nervioso, y ella, tan viva emoción sentía, que se ahogó su voz al decir á Moysset:

— Federico, creo que he cogido un enfriamiento. No me siento bien. Quisiera volver á casa.

III

Durante el corto rato que empleó el automóvil en recorrer la distancia existente entre el hipódromo y la casa, « el sobrino » y « la tía » no cambiaron una palabra. No parecía que se acordaba ella siquiera de que alguien estaba á su lado. El dolor de la afrenta que había sufrido la sumía en una especie de alucinación, miraba sin ver con ojos concentrados que se abismaban en una imagen interior, la de su amante volviendo con su rival después de haberle dicho:

— Quiero ser libre y si esto no le conviene á usted, separémonos. Federico, por el contrario, estudiaba con dolorosa atención este semblante que expresaba el desvario de la pasión. Una evidencia se le imponía. En el estado de exaltación en que se encontraba Carlota de Russy, todo se podía temer. Este imprudente acto no era más que el principio. Aquella noche, mañana, el frenesí de la cólera y de los celos le colocaría quizás un arma entre las manos,

ó bien afrontaría á su rival y la injuriaría en público. Á cualquier exceso se dejaría llevar y en él naufragaría su honra, y no solamente su honra, sino también su seguridad. Por mucho que fuera Eduardo de Russey un marido despreocupado y ciego, como lo probaba su viaje á Inglaterra en tal momento, este escándalo podía llegar á sus oídos. ¿Soportaría un ridículo escandaloso? ¿No se vengaría de algún modo? Todas estas reflexiones ardían en la cabeza del joven y á la par nacía un sentimiento nuevo y muy delicado. Esta tragedia mundana despertaba el don Quijote que dormía en él. ¿Tenía realmente entre sus lejanos antepasados á uno de estos hidalgos, como los que pone en escena Calderón, por ejemplo, un Luis Pérez de Galicia? Pero ciertamente no es preciso imaginar causas misteriosas de un arranque de generosidad que un hermano hubiera tenido por su hermana; ¿y no había existido siempre entre él y Carlota una unión muy parecida al afecto fraternal? Le había bastado entrever el papel de salvador, para que en seguida adoptase la resolución de arrancar á esta criatura, tan desamparada en aquel momento, de un peligro cierto; se había implantado en él aun antes que hubieran llegado á la casa y el medio también lo había encontrado.

— Voy á meterme en cama, dijo ella cuando llegaron al saloncito. En éste todo hablaba de reposo y de felicidad. El mirador que daba al mar, las flores en los jarrones, las alegres tapicerías, los muebles lujosamente rústicos.

— No, Carlota, contestó Federico. Vas á llamar á tu doncella y mandarle que haga tus baules.

— ¿Mis baules? repitió estupefacta la joven.

— Sí; son las tres. Á las cinco vamos á tomar el expreso. Te llevo á Maligny.

Era el nombre de una pequeña quinta en el departamento del Sena y Marne que el marqués de Fontenay había cedido á su hermana, cuando ésta se casó.

— Telegrafiarás á tu marido que el aire del mar te hacía daño. Tu mayordomo mudará esta casa. Dentro de diez ó quince días, si te fastidias en Maligny, viajarás. Pero no quiero que te quedes en Dieppe un día más. Oyes? ni un día más. Entre tú y yo no hay equívocos



No te dejaré, dijo Federico. (pág. 199.)

posibles; son inútiles. Tú amas á Grecourt; él no te ama; se burla de tí en publico y desvarías hasta el punto de que literalmente no sabes lo que estás haciendo. Otras dos escenas como la de hoy, y estás deshonorada. No lo permitiré, ¿oyes?...

Se había dejado caer Carlota en una butaca. Agarró su cabeza entre ambas manos y estalló en sollozos. Las palabras de Federico eran tan directas, tan verdaderas, herían

tan brutalmente la llaga de su corazón, que chorreaba sangre, que gritaba de dolor. No procuró negar, porque no tenía fuerzas para ello; se sentía demasiado desgraciada.

— Es verdad, dijo al través de sus lágrimas. Lo amo y él ha dejado de quererme. ¿Qué me importa que se hable de mí? ¿Qué quieres tú que me preocupe eso? ¡Sufro tanto, mi buen Federico, sufro tanto!... ¡Sí, llévame, llévame, que ya no vea más á esa mujer!... ¿Pero entonces, prosiguió levantándose, se lo dejo á ella? Estando aquí, mi presencia lo detiene aún; pero si me marcho, ya no tendrá ningún reparo... No. No quiero, no puedo partir.

— Pues partirás, dijo Federico. Pobre niña mía, no comprendes tú que ese es el único medio de atraerlo otra vez, si siente aún algo hacia ti. En ese momento, tu pasión confesada, halaga demasiado su vanidad para que te tenga lástima. Tu partida será para todo el mundo y, sobre todo para él, la prueba de que no te tiene tan dominada como él lo cree y de que te echas atrás. Un minuto de valor y estás salvada. Deja que yo dé órdenes si tú no tienes valor para ello.

Y al decir esto oprimía el timbre eléctrico preguntando:

— ¿Cuántos golpes para llamar á la doncella?

— Dos, contestó ella dejándose caer en la butaca. En el estado nervioso en el cual se encontraba, ¿cómo hubiera podido resistir á la sugestión de su compañero de la infancia?

— Arregle usted en seguida los baules de la señora condesa, Marcelina, dijo Federico á la doncella. La señora toma el tren de las cinco. ¿Ha desocupado mi baúl el criado?

— Sí, señor, contestó la sirvienta, tan estupefacta como su ama había quedado antes.

— Dígame usted que lo vuelva á hacer. Mande usted á alguien al telégrafo con este parte... ¿Cuál es la dirección de Eduardo? prosiguió dirigiéndose á Carlota, y redactó el telegrama anunciando, como lo había dicho, que la joven dejaba á Dieppe por Maligny, porque el aire del mar le era nocivo.

— ¿Está bien así? añadió alargando la hoja á la desgraciada, la cual contestó « sí » con ademán doloroso.

Marcelina, cuyo asombro crecía por instantes, tomó el telegrama y miró á su ama como para pedirle una explicación que ésta no le dió. Cuando salió de la habitación Federico se acercó á Carlota y le tomó la mano diciendo:

— Llegará un día en que me darás las gracias, porque sencillamente te estoy salvando.

— ¡Me estás matando! contestó estallando de nuevo en sollozos, pero tienes razón. Si puedo volver á atraerlo es de este modo. ¡Ah! qué duro es esto. No me dejes un minuto por favor. Estando tú á mi lado tendré fuerzas. ¿Pero sola?...

— No te dejaré, dijo Federico.

IV

Eran las doce de la noche cuando el « sobrino y la tía » llegaron á París. No era posible continuar hasta Maligny sino al otro día por la mañana. Habían convenido que Carlota se quedaría en la fonda y que Federico iría á buscarla por la mañana temprano. Casi no pudo dormir vencido de que una vez sola, como le había anunciado ella, volvería á dejarse dominar por la pasión. Y entonces?... Así es que su corazón palpitaba cuando á eso de las diez fué á preguntar por ella al hotel. Tan grande fué su alegría como habían sido sus temores. La condesa de Russy estaba dispuesta á marchar, pálida, pero resuelta. Al aparecer Federico delante de ella, un poco de color le subió á las mejillas, una poca de luz á los ojos y una ligera sonrisa á los labios.

— ¿Ves?... dijo con una voz infantil. Luego, tomándole la mano con un movimiento de caricia como una chiquilla, añadió: ¡Qué bueno has sido para mí, mi buen amigo! no he pensado en otra cosa durante toda la noche. Gracias mil veces por haberme comprendido. No me has dirigido reproche alguno. Antes te tenía cariño, pero no todo el que debía... No, no el que mereces.

— ¿Y no soy tu sobrino-hermano, contestó él. Mira, tenemos un cielo azul lo mismo que tus ojos. Estará Maligny encantador con este cielo...

Este buen humor, un poco forzado, no cesó durante todo el trayecto, que en efecto fué delicioso, por el bosque de Bolonia, el parque de Saint-Cloud, el fresco valle de Marnes, Versalles y los bosques. Parecía que á Carlota, tan crispada el día anterior, se le aflojaban los nervios con la dulzura de esta mañana veraniega y en la atmósfera de esta amistad fraternal. ¿Y era de esta índole este cariño? Sí. Federico se había explicado de buena fe su abnegación de este modo. Sin embargo, ¿era verdaderamente de un hermano la cariñosa dulzura que tenía en la voz al hablarla? ¿Hubiera tenido un hermano cerca de su hermana esta especie de fiebre que le acometía á cada movimiento de la joven, la cual, familiar y confiada, se acercaba sin cesar á él? ¿Y sobre todo, era de un hermano la curiosidad, á la par amarga y apasionada, que le impulsaba á enterarse más y más de los detalles de esta pasión á la cual había arrancado á aquella encantadora mujer? ¿Y por cuánto tiempo? Esta pregunta tampoco era de un hermano, formulada del modo en que lo estaba en la sensibilidad de este hombre. Se daba cuenta hasta tal punto de ello, que conversaba de todo con Carlota, menos de este tema. Sí. Durante aquella mañana entera y toda la tarde que pasaron juntos paseándose en el parque de Maligny, ni una sola vez el nombre de Antonio Grecourt llegó á pronunciarse. Un invisible testigo de su soledad hubiera creído que nada había ocurrido el día anterior y que realmente el pretendido sobrino y la supuesta tía habían venido á visitar aquellos parajes llenos de recuerdos de su infancia. Y, en cuanto á ella el hecho era cierto. La querida del cruel tenorio parecía esforzarse en colocar entre ella y el doloroso amor que sentía por el indigno amante, las más frescas imágenes de su más feliz juventud.

— ¿Te acuerdas, repetía sin cesar dirigiéndose á Federico, de un paseo que dimos por este mismo camino con...? Y evocaba nombres ya borrados de la lista de los vivos: aquí había un grupo de árboles. Ya no están. Quizás esté así mejor. Se ve ahora el palacio con su bonito color rojo

reflejarse por entero en el lago... Sin embargo, echo de menos nuestros árboles... ¿Recuerdas cuando me escapé yo, mira, en esta espesura, porque Casal había venido de París con un faetón y un criadito inglés, *su tigre*, como se había dicho delante mi? Y yo, imbécil, me figuraba que se trataba de un tigre de verdad... ¿Te acuerdas?

— Sí, me acuerdo, contestaba el joven, y su memoria le mostraba en efecto á través del tiempo á la niña risueña que había conocido y con la cual creció, y aquella niña florecía ahora en la adorable mujer que tenía á su lado, cuyos movimientos armonizaban con los suyos, que lo miraba con sus húmedas pupilas, le sonreía con su voluptuosa boca y posaba en la arena de las sendas, sus delicados pies. Y con este mismo paso flexible aquella mujer había corrido á citas ocultas; sus finos labios se habían estremecido bajo los besos de un amante, sus anchos párpados, de rubias pestañas, habían palpitado de gozo sobre las extasiadas pupilas en los minutos de completo abandono. Aquella mujer se había entregado. Qué pasión había puesto en ello, lo revelaba su locura de la víspera, su explosión, como sus lágrimas y el temblor del cual en este momento todavía era presa... Y he aquí que el compañero de adolescencia de esta amorosa engañada y desesperada descubría, con inexpresable mezcla de sentimiento y de esperanza, que, sin darse cuenta, siempre había tenido por ella sentimientos muy distintos de la simple amistad. Á lo menos creía descubrirlo. Quizás por una ilusión retrospectiva la imagen de Carlota niña y adolescente brillaba para él con los fuegos del deseo que ahora lo dominaba, pues sentía con espanto que la deseaba con pasión, con todo su ser. ¿Qué había sido de su noble y caballeresca resolución de ayer de salvarla de su locura? ¿De dónde venía este apetito desarrollado de repente en él á la sola idea de que Carlota había sido la querida de otro? Todas las indecisas sensaciones sensuales que había podido sentir, sin admitirlas y hasta sin sospecharlas durante su peligrosa, pero inocente intimidad de la juventud, despertaban á cada uno de estos: «¿Recuerdas?...» Al mismo tiempo curiosidad malsana y violenta le oprimía, la de enterarse de todo lo concerniente á esta aventura, que había hecho de ella, entre los brazos

de Antonio de Grecourt, lo que era hoy. Federico retrocedía ante esta baja y repugnante información; se avergonzaba de ella y procuraba aturdirse contestando á las evocaciones de su compañera por otras semejantes. Él también repetía cuando ella callaba : « ¿Recuerdas?... » ¡ Ah ! no eran las castas, graciosas añoranzas de su común ingenuidad las que deseaba que ella recordase... Eran las escenas que había atravesado para llegar á su acto de ayer, sus goces, sus dolores, un pasado entero del cual Federico tenía celos ahora como si hubiera amado á Carlota... Pero... ¡ Sí ! La amaba... ¡ Y siempre la había amado ! Se daba cuenta de ello cuando ya era tarde; tarde para casarse con ella; tarde para obtener de ella este primer beso que hubiera podido coger cuando jugaban ambos en la libertad de su semiparentesco á la sombra de estos mismos árboles; tarde para obtener de ella esta virginidad en la sensación apasionada, que constituye el orgullo del primer amante. En él nacía un tumulto que llegó á no poder dominar. Cayó en un silencio que no podía menos de ser notado por ella. Ya estaba anocheciendo. Se encontraban sentados en un banco de piedra colocado en un sitio desde el cual se daba vista á ese divino valle de Chevreuse, con horizontes suaves y dulces como su nombre. El aire tranquilo no movía siquiera las hojas de los chopos y de las encinas que los rodeaban.

— ¿Qué tienes? preguntó Carlota á Federico después de haberse quedado un poco tiempo taciturna.

— ¿Quieres saberlo? contestó él con voz ahogada.

— Sí, dijo ella.

— Es que te amo y que no lo sé más que desde hace veinticuatro horas. Sí, repitió en un arranque casi salvaje. « Te amo... » y atrayéndola contra él, sobresaltada y paralizada por esta brutal expresión de apasionamiento tan completamente inesperada, apoyó su boca en la de la joven, la cual procuró durante un segundo evitarla, pero acabó por devolverle el beso diciendo :

— Ay, Federico, esto está mal hecho, no debía ser.

Luego, brusca y asperamente también ella se arrancó de este abrazo. Se levantó trémula, y, como para sacudir su locura, se pasó la mano por los ojos.

— Ahora soy yo quien te digo lo que me decías tú

ayer, Federico. Es preciso que partas... Es preciso para el honor de ambos...

— Y bien, contestó él levantándose también, partiré.

Se miraron después de haber pronunciado estas palabras de valor, — y volvieron á tomar el camino de la casa sin añadir una más. Acababan de leer mutuamente en sus ojos y comprendían que, á despecho de esta resolución, no partiría el joven. También leían en ellos lo que tenía forzosamente que acontecer y lo que se realizó. Esta locura del deseo encendida como una llama en el alma del joven, se había comunicado en este ardiente beso á la mujer abandonada é impresionada hasta lo más íntimo de su ser, para que su voluntad no se turbase y desconcertara. También habían leído en esta ardiente y terrible mirada que se iban á entregar uno á otro en una posesión dolorosa y como criminal. El amor más envenenado es aquel que nace en el encuentro entre locos rencores de una amante ultrajada y la punzante sensualidad de los celos. ¿Dónde está el antídoto de este veneno?